

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Aspecto de la ciudad y de la Asamblea.—Condenuacion del rey.—Vergniaud.—Luis XVI.—El abate Firmont.—Ultima entrevista del rey con su familia.—Comitiva.—Ejecucion.—Apreciacion del juicio de Luis XVI.

I.

El aspecto de la ciudad era amenazador, el aspecto del recinto era siniestro. La municipalidad y los jacobinos, decididos á obtener la condenuacion de Luis XVI como una victoria personal sobre sus enemigos, y á llevar la violencia moral hasta la física, habian reunido desde hacia muchos dias en París todas las fuerzas de que sus periódicos, sus correspondencias y sus relaciones en los departamentos les permitian disponer. Los agitadores de los arrabales habian reclutado sus bandas de mugeres y de muchachos andrajosos para gritar la muerte del tirano por las calles inmediatas de la Convencion. Theroinne de Mericourt y Saint-Huruge, los asesinos de Aviñon, los degolladores de setiembre, los combatientes del 10 de agosto, los federados acumulados en París antes de

marchar á las fronteras: voluntarios y soldados detenidos en París por el ministro de la Guerra, Pache, para engrosar las sediciones mas que para reprimirlas: una poblacion estraña á toda pasion política, pero sin trabajo y sin pan y engañando su desesperacion con su agitacion: estas masas de curiosos que los grandes espectáculos hacen salir de sus casas como los enjambres salen de las colmenas, cuando se acercan las tormentas, y que sin pasion individual prestan la apariencia del número á la pasion de algunos; los resultados de agosto y de setiembre que aun agitaban las imaginaciones; la noche que favorecia el tumulto, el rigor de la estacion, que contraia la fibra y que inclinaba á la desesperacion: en fin, aquel nombre de rey que reasumia en sí todas las miserias, todas las iniquidades, todas las traiciones imputadas al trono, y que hacia creer al pueblo que innolando al hombre que tenia aquel título se inmolarian con el mismo golpe las calamidades, los crímenes, los recuerdos y las esperanzas de una institucion repudiada; todo imprimia á la noche del 16 de enero, aquel carácter de impulsión irresistible, que da á una manifestacion popular la fuerza de un elemento.

II.

Uno de los vencedores de la Bastilla, llamado Louvain, habiéndose atrevido á decir en su seccion aquella mañana que podia afianzarse la república sin derramar la sangre de Luis XVI, un federado, por toda respuesta, le hundió el sable en el corazon. El pueblo arrastró al herido por las calles hasta que exhaló el último suspiro. Por la noche un vendedor ambulante de libros y de periódicos, al salir de un gabinete de lectura tildado de realista, en la galería del Palacio Real, fué acusado por

uno que pasaba, de que distribuía escritos favorables á la apelacion al pueblo, y asesinado, dándole treinta puñaladas los que paseaban por el jardín. Las bandas de malhechores libertados de las cárceles de la Consergeria y del Chatelet por los asesinatos de setiembre, habian formado grupos de malvados, que buscaban en la emocion pública la ocasion y el velo de crímenes impunes. Los dragones de la república forzaron las consignas de sus cuarteles, y se dividieron sable en mano por los lugares públicos, en el Palacio Real y en las Tullerías, blandiendo sus armas y cantando canciones patrióticas. De allí fueron á la iglesia de Val-de-Grace, donde estaban encerrados en urnas de plata sobredorada, los corazones de muchos reyes y reinas de Francia. Rompieron aquellos vasos fúnebres, pisotearon aquellas reliquias del trono, y las arrojaron á un sumidero; este fanatismo de profanacion que vengaba, como lo hace el bruto, sobre restos inanimados, la larga paciencia y las continuadas supersticiones de la servidumbre, anunciaba menos la fuerza que la demencia de la libertad; y anunciaba bastante, con tales síntomas, la piedad que podia esperar la magestad viva, cuando la muerta escitaba tales resentimientos.

III.

Las inmediaciones y el interior de la sala de la Convencion parecian dispuestas mas bien para una ejecucion que para un juicio. La hora, el sitio, las estrechas avenidas, los patios tortuosos, las bóvedas sombrías del antiguo monasterio, los pocos faroles, que luchaban con las tinieblas de una noche de invierno y hacian palidecer los rostros, las armas que brillaban y resonaban en todas las puertas; los cañones que los artilleros, con la mecha en-

cendida, parecian guardar á las dos entradas principales, menos para intimidar al pueblo que para volverlos contra la sala, si el decreto fatal no salia de ella; el sordo murmullo de una innumerable multitud, que velaba en pie en las calles adyacentes, oprimiendo por todas partes los muros como para arrancarles el decreto; el movimiento de las patrullas que hendian con trabajo aquel océano de hombres para abrir camino á los representantes rezagados; los trages, las fisonomías, los gorros encarnados, las carmañolas, los rostros contraídos, las voces, los gestos átroces y significativos, todo parecia calculado para hacer entrar por los sentidos en el alma de los jueces el inexorable decreto dado de antemano por el pueblo. «*O su muerte ó la tuya.*» Estas eran las únicas palabras que se decian por lo bajo, pero con un acento imperativo, al oido de cada diputado, que atravesaba los grupos para ir á su puesto.

Muchos de los habituales asistentes de la Convencion, y que por lo tanto conocian á los diputados, se colocaron de distancia en distancia. Aquellos espías del pueblo nombraban á los diputados en alta voz, indicaban á los dudosos, amenazaban á los tímidos, consultaban á los indulgentes y aplaudian á los inflexibles. Al oír los nombres de Marat, de Danton, Robespierre, de Collot-de-Herbois y de Camilo Desmoulins, se abrieron las filas con respeto y dejaron pasar la cólera y la confianza del pueblo; pero cuando oyeron los nombres de Brisot, de Vergniaud, de Lanjuinais y de Boisy de Anglas, las fisonomías irritadas, los puños cerrados, las picas y los sables levantados sobre sus cabezas, anunciaron claramente que el pueblo queria ser obedecido ó «*vengado.*» Hasta los centinelas colocados allí para proteger la seguridad de los representantes, dieron el ejemplo del insulto y de la violencia. El antes marqués de Villete, discípulo y amigo de Voltaire, miembro ahora de la Convencion, reconocido en el pasadizo del Picadero que conducia á

la Asamblea, fué cogido por el vestido, y vió la punta de veinte sables prontos á entrar en su corazón, si no se comprometía á votar la muerte del tirano. «Villete, que en un cuerpo débil encerraba un corazón intrépido y que no creía que la filosofía tuviese por pedestal los cadalsos, pudo desprenderse del pueblo, separó con ambas manos las hojas de los sables que amenazaban su pecho, y mirando con serenidad á sus provocadores. «No, dijo no votaré la muerte, y vosotros no me degollareis! respetareis en mí, mi conciencia, la libertad y la nación.» Y pasó.

Las galerías de la Convencion entregadas á los gefes mas sanguinarios de las sediciones de Paris, estaban obstruidas igualmente por grupos armados. Estos hombres se mantenian allí en orden y en silencio por respeto del lugar; pero se los habia apostado como síntomas vivos del terror, que sus nombres, sus armas, y sus recuerdos debian imprimir en los jueces del rey. Maillard, Fournier, el Americano, y Jourdan Corta-cabezas, daban órdenes por signos á sus antiguos cómplices, y les designaban con una ojeada los nombres y los rostros que debian observar y retener; era preciso desfilár á su vista para entrar en la sala, parecia que escribian las señas en su memoria. Eran las estatuas del asesinato colocadas á las puertas del tribunal del pueblo, para mandar la muerte; todos los diputados tenian que tropezar con ellos al entrar.

IV.

Hasta la sala estaba iluminada con desigualdad. Las lámparas de la mesa y la araña que pendia de la bóveda arrojaban sobre algunos puestos una brillante luz, y dejaban otros en la oscuridad. Las tribunas públicas, cuyas graderías en anfiteatro bajaban cerca de los ele-

vados bancos de la Montaña, con los que se confundian, como en los circos romanos, estaban atestadas de espectadores. Como en los espectáculos antiguos, se veian sentadas en las primeras filas de aquellas tribunas, muchas mugeres jóvenes, adornadas con lazos tricolores, hablando entre ellas con indiferencia, gesticulando, y sonriendo, sin recobrar su seriedad y su atenta actitud sino para contar los votos y marcarlos sobre una targeta con la punta de un alfiler en el momento en que esos votos salian de la tribuna. Los criados de la sala circulaban entre las gradas con bandejas llenas de sorbetes, de helados y de naranjas, que distribuian á aquellas mugeres. Sobre las gradas mas elevadas, los hombres del pueblo con los trages diarios de sus diversas condiciones, se mantenian en pie, y repitiéndose en alta voz los unos á los otros el nombre y el voto del diputado á quien acababan de llamar; y siguiéndole con aplausos ó con murmullos hasta que llegaba á su banco. Los primeros de aquellas tribunas populares, estaban ocupadas por los muchachos de las carnicerías, con sus mandiles ensangrentados, levantados de un lado y sujetos á la cintura, y el mango de los largos cuchillos de su profesion, saliendo como á propósito de los pliegues de la tela que les servia de funda.

El espacio vacío al pié de la mesa, la barra, las cercanías de las puertas, y las entradas que conducian á los bancos de los diputados y á las tribunas públicas, todo estaba agitado con el paso continuo de diputados mezclados con los espectadores, que no habian podido hallar sitio en las tribunas, penetraron en el recinto reservado á los legisladores. Estos grupos que se abrian para dejar pasar á los representantes llamados á la tribuna, ó á los que bajaban de ella, parecian menos un auditorio delante de un tribunal, que la confusion de una plaza pública.

Solo cesaba el movimiento cuando el nombre de un

diputado influyente, pronunciado por la voz del ugier, hacia levantar la vista hácia el votante para sorprender con anticipacion en su actitud y en el movimiento de sus labios la vida ó la muerte que iba á pronunciar. Los bancos de los diputados estaban casi vacios; cansados de una sesion de quince horas, que debia durar sin interrupcion hasta el fin del juicio, los unos repartidos en pequeños grupos á lo último de los bancos elevados hablaban entre sí á media voz, con la actitud de la paciencia resignada; otros con las piernas estendidas y el cuerpo echado atrás con los codos apoyados en el respaldo de su desierto banco, se adormecian bajo el peso de sus pensamientos, y solo se despertaban con los grandes clamoreos que de tiempo en tiempo producía un voto mas enérgicamente motivado. El mayor número impelido continuamente de un sitio á otro por la agitacion interior de sus ideas, no hacia mas que salir de la sala y volver á entrar. Se les veia pasar de un grupo á otro, decir rápidamente y en voz baja medias palabras á sus colegas, escribir sobre sus rodillas, borrar lo que habian escrito, escribir de nuevo su voto, volverle á borrar, hasta que el llamamiento del ugier, sorprendiéndoles en esta indecision, les arrancaba de los labios la palabra fatal, que un minuto mas hubiera cambiado por la contraria, y de la que se arrepentian quizá antes de haberla pronunciado.

V.

Los primeros votos que oyó la Asamblea, dejaban la incertidumbre en los ánimos. La muerte y el destierro parecian balancearse en número igual en el alternativo sonido de los votos. La suerte del rey iba á depender del primero que pronunciase uno de los gefes del partido girondino; y este voto significaria sin duda el voto

probable de todo el partido, y el número de los hombres unidos á él, determinaria irrevocablemente la mayoría. Por consiguiente la vida y la muerte estaban, en cierto modo, selladas en los labios de Vergniaud.

Se esperaba con ansiedad que el orden alfabético de la votacion nominal de los departamentos, llegando á la letra G., llamase los diputados de la Gironda á la tribuna. Vergniaud debia presentarse el primero; se recordaba su inmortal discurso contra Robespierre para disputar el juicio del rey destronado á sus enemigos; se conocia su repugnancia y su horror por el partido que queria suplicios: se repelían las conversaciones confidenciales en las que habia confesado veinte veces su sensibilidad por la suerte de un príncipe, cuyo mayor crimen á sus ojos era una debilidad, que casi llegaba á la inocencia; se sabia que la vispera, y aun algunas horas antes del escrutinio, comiendo Vergniaud con una muger que se compadecia de los cautivos del Temple, habia jurado por su elocuencia y por su vida, que salvaria al rey. Ninguno dudaba de su valor; este estaba escrito en aquel mismo momento, en la calma de su frente y en los pliegues severos de su boca cerrada á toda confianza.

Al oír el nombre de Vergniaud cesaron todas las conversaciones, y todas las miradas se dirigieron á él; subió lentamente las gradas de la tribuna, se recogió un momento, los ojos bajos, como un hombre que reflexiona por última vez antes de obrar; despues con una voz sorda, y como resistiendo en su alma á la sensibilidad que le gritaba, pronunció la muerte.

El silencio de la admiracion comprimido el murmullo y hasta la respiracion de todos. Robespierre se sonrió casi imperceptiblemente, y en esta sonrisa se creyó descubrir mas desprecio que alegría. Danton encogió los hombros y dijo por lo bajo á Brissot: «Alabad á vuestros oradores; palabras sublimes, actos cobardes! ¿qué hacer

con tales hombres? no me habéis mas de ellos: es un partido muerto.»

Desapareció la esperanza del alma del pequeño número de los amigos del rey, ocultos en el salón y en las tribunas. Conocióse que la mano de Vergniaud habia entregado la víctima; en vano pareció retener su voto, despues de haberle emitido, pidiendo como Mailhe, que despues de haber votado la muerte, la Asamblea, deliberase si convenia á la seguridad pública conceder un plazo á la ejecucion. Los jacobinos conocieron que una vez concedida la justicia del decreto, los girondinos no les disputarian la urgencia. El mismo Vergniaud declaró que su voto de muerte era independiente del plazo obtenido ó rehusado, lo cual era quitarse de antemano á sí mismo la posibilidad de volver á coger la cabeza que abandonaba. Descendió con la frente baja, los escalones de la tribuna, y fué á confundirse entre la multitud,

VI.

Prosiguió la votacion. Todos los girondinos, Buzot, Petion, Barbaroux, Isnard, Lassource, Salles, Rebecqui y Brissot, votaron con él la muerte. La mayor parte unieron á su voto la condicion de que se pudiese un plazo para la ejecucion. Fonfrède y Ducós votaron la muerte sin condicion. Sieyès que en los consejos y en las conferencias secretas de su partido habia insistido mas en negar aquella alegría á Robespierre, aquel triunfo á los jacobinos, y aquella sangre estéril y peligrosa para la revolucion: Sieyès, despues de la victoria de los jacobinos en la votacion nominal, juzgó inútil toda resistencia. Dejar á Robespierre solo este título sangriento á la desesperada confianza del pueblo, era á sus ojos, abdicar desde el primer paso el gobierno de la república y quizá la vida.

Supuesto que no se podia contener el movimiento, juzgaba era necesario tomar parte en él para dirigirle aun. Sieyès subió cuando le tocó el turno á la tribuna y solo pronunció una palabra: la muerte. La pronunció con sentimiento y con la frialdad de un geómetra que enuncia un axioma y con el abatimiento de un vencido que cede á la fatalidad; no añadió á aquella palabra la irónica que se le imputa; su voto fué lacónico, no cruel. Condorcet, fiel á sus principios, rehusó verter sangre, pidió que Luis XVI fuese condenado á la pena mas fuerte despues de la muerte. Lanjuinais, Dussaulx, Boissy, d'Anglas, Kersaint, Rabaut-Saint-Étienne, Sillery y Salles resistieron al ejemplo de los gefes de su partido y á la intimidacion de los jacobinos; votaron casi todos la reclusion durante la guerra y el ostracismo despues de la paz. El mismo Manuel vencido por el espectáculo de los infortunios reales, que contemplaba de mas cerca en el Temple, votó por la vida. Daunou, filósofo republicano, que solo tenia, segun él, dos pasiones desinteresadas en su alma, Dios y la libertad, separó en alta voz en su voto el derecho de juzgar y de deponer los reyes, del de inmolarlos como víctimas. Demostró que las letras fortifican la justicia en el corazón del escritor ilustrando la inteligencia, y que él habia bebido en el trato literario de los antiguos, con sus máximas de magnanimidad, el valor de practicarlas ante la muerte. La Montaña, casi sin escepcion, votó la muerte. Robespierre reasumiendo en pocas palabras su primer discurso, trató de conciliar su horror á esta pena con la condenacion que salia de sus labios. Lo hizo diciendo que los tiranos eran una escepcion en la humanidad y declarando que su ternura por los oprimidos venia en su alma la piedad por los opresores.

Los diputados de Paris, Marat, Danton, Villaud-Varennes, Legendre, Panis, Sergent, Collot-d'Herbois, Frenon, Fabre d'Eglantine, David y Robespierre el jóven, siguieron el ejemplo de Robespierre, y repitieron como

un eco monótono, veinte y una veces seguidas la palabra muerte, dirigiéndose á la tribuna.

El duque de Orleans fué llamado el último; al oír su nombre reinó un profundo silencio. Sillery, su confidente y favorito había votado contra la muerte. Se esperaba que el príncipe votaría como su amigo, ó que se recusaría á sí mismo en nombre de la naturaleza y de la sangre, y hasta para con los jacobinos estaba recusado, pero no lo hizo; subió lentamente á la tribuna, desdobló un papel que tenía en la mano y leyó con acento estóico las palabras siguientes: «Únicamente ocupado de mi deber, convencido de que todos aquellos que han atentado ó atenten despues á la soberanía del pueblo merecen la muerte, yo votó la muerte.» Estas palabras merecieron silencio y sorpresa al mismo partido, al que el duque de Orleans parecía concederlas como una prenda. No se halló en la Montaña una mirada, un gesto ni una voz para aplaudir. Aquellos montañeses sentenciando á muerte á un rey cautivo y desarmado podían herir la justicia y consternar la humanidad pero no la naturaleza; esta se sublevaba contra el voto del primer príncipe de la sangre. La conmoción se manifestó en seguida en los bancos y en las tribunas de la Asamblea. El duque de Orleans bajó de la tribuna turbado, dudando, al ver aquellos primeros síntomas del acto que acababa de consumir. El verdadero heroísmo de la libertad no hace estremecer al corazón humano, ni se tiene horror á lo que se admira: las virtudes como la de Bruto, están tan próximas al crimen, que la conciencia de los mismos republicanos se turbó en presencia de este acto. Sacrificar la naturaleza á las leyes parece bello á primera vista; pero la consanguinidad también es una ley, y no hay virtud contra una virtud.

Si este voto era un sacrificio á la libertad, el horror de la Convención hizo ver al duque de Orleans, que no aceptaba el sacrificio; si una prenda, no se le pedía tan grande; si una concesion á su seguridad, pagaba su vida

demasiado cara. Atacado ya por los girondinos, apenas tolerado por Robespierre, y cliente de Danton, si hubiese rehusado algo á la Montaña, esta hubiera pedido su cabeza, y no tuvo bastante grandeza de alma para ofrecérsela. El porvenir se la hubiera pagado mas de lo que no valia su nombre. El mismo Robespierre, cuando entró por la noche en casa de Daplay hablando del juicio del rey, parecía protestar contra el voto del duque de Orleans. «Desgraciado, dijo á sus amigos, nadie mejor que él podía haber escuchado su corazón y recusarse, pero no ha querido, ó no se ha atrevido á hacerlo: la nacion hubiera sido mas magnánima que él.»

VII.

El restímen del escrutinio fué largo, y lleno de duda y ansiedad. La muerte y la vida, como en una lucha, ganaban ó perdían alternativamente, segun la casualidad había agrupado los sufragios en las listas hechas por los secretarios. Parecía que le costaba trabajo al destino pronunciar la palabra fatal. Todos los corazones palpitaban, unos con la esperanza de evitar aquel luto á la revolución, otros por el temor de perder aquella victima. Por último se levantó el presidente para pronunciar el fallo. Era Vergniaud; estaba pálido, se veían temblar sus labios y sus manos, que tenían el papel en que iba á leer el número de los votos: por un siniestro azar ó por una burla cruel de la eleccion de sus colegas, el destino de presidente condenaba á Vergniaud á proclamar el decreto de destitucion en la Asamblea legislativa, y el de muerte en la Convencion. Hubiese querido libérrtar, á costa de su sangre, la monarquía templada y la vida de Luis XVI, y era llamado dos veces en tres meses para desmentir su corazón y servir de órgano á las opiniones

de sus enemigos. Su falsa y cruel situación en estas dos circunstancias, eran el símbolo de la de todo su partido; Pilatos de la monarquía y del rey; entregando la una al pueblo, sin estar convencidos de sus vicios; y el otro á los jacobinos, sin estarlo de su crimen; vertiendo en público una sangre, que lloraban en secreto; sintiendo en su lengua combatir el remordimiento con la sentencia, y lavándose las manos ante la posteridad.

VIII.

Un diputado, llamado Duchatel, se presentó en aquel momento en la Convencion, habiéndose hecho conducir envuelto en las mantas de su cama, y en medio de las amenazas, votó con moribunda voz contra la muerte. Se anunció una nueva intervencion del rey de España en favor de Luis XVI. Danton tomó la palabra sin pedirla. «Aun no eres rey, Danton, le dice Louvet.—Estoy admirado, continúa Danton, de la insolencia de una potencia que no teme la pretension de ejercer un influjo sobre nuestra deliberacion. Si todos siguiesen mi dictámen se votaria al momento, solo por esto, la guerra á la España. ¡No reconocen nuestra república y quieren dictarla leyes! Sin embargo, oigase si se quiere á ese embajador; pero que el presidente le dé una respuesta digna del pueblo de quien es órgano; que le diga que los vencedores de Jemmapes, no desmentirán la gloria que han adquirido, y volverán á encontrar su fuerza para esterminar todos los reyes conjurados contra nosotros. Nada de transaccion con la tiranía: el pueblo juzgaria á sus representantes, si estos le hubiesen vendido.»

Vergniaud, con el acento del dolor, dijo: «Ciudadanos, vais á ejercer un grande acto de justicia; espero que la humanidad os hará guardar el mas profundo silencio:

cuando la justicia ha hablado; debe á su vez escucharse á la humanidad.»

Leyó el resultado del escrutinio. La Convencion contaba setecientos veinte y un votantes. Trescientos treinta y cuatro habian votado por el destierro ó la prision; trescientos ochenta y siete por la muerte; contándose en este número los votos de aquellos que la habian votado con condicion que seria aplazando la ejecucion. La pena de muerte tenia por lo tanto cincuenta y tres votos mas que la del destierro; pero deduciendo los cuarenta y seis, que la habian pronunciado pidiendo que la ejecucion se suspendiese, solo quedaba una mayoría de siete votos. Asi tres hombres fuera de su lugar, variaron el número y cambiaron el juicio. Eran los doce ó quince gefes de la Gironda, cuya mano habia echado el peso decisivo en una balanza casi igual. La muerte, deseo de los jacobinos, fué el acto de los girondinos; Vergniaud y sus amigos se hicieron los ejecutores de Robespierre; y la muerte del tirano anhelada con pasion por el pueblo, fué una concesion en la Gironda. Los unos pedian aquella cabeza como la señal de salvacion de la república, y los otros la daban por salvar su partido; si el deseo de los unos era ciego é implacable, ¿qué nombre dar á la concesion de los otros? Si en el asesinato por venganza hay un crimen, hay dos en el asesinato por cobardia.

IX.

Mientras se hacia este escrutinio, el rey, privado de comunicacion con el exterior desde el dia en que se presentó por última vez á sus jueces, solo sabia que su vida y su muerte estaba en aquel momento en manos de estos hombres. A fuerza de desgracias, de reflexiones, y de conformidad interior con la voluntad de Dios, habia lle-

gado á este estado de sublime indiferencia, en que el hombre, imparcial entre el temor y la esperanza, solo tiene preferencia por la decision del cielo; estado sobrenatural de nuestra alma, en que la humanidad, haciéndose superior á sus propios deseos, arrostra todos los insultos de la fortuna, solo sufre en su cuerpo, y no tiene mas deseo que cumplir el decreto de la Providencia. La filosofia daba estos consejos en las adversidades á los sabios de la antigüedad; el catolicismo hacia de esta resignacion un dogma, dando desde lo alto de una cruz el ejemplo de ella al mundo moderno.

Contemplaba sin cesar Luis XVI aquella cruz, y divinizaba por ella su suplicio. Hubiera podido estar en comunicacion durante aquellos últimos dias, con su familia si lo hubiese solicitado. Oía los pasos y la voz de su esposa y de sus hijos, á través de las bóvedas que le cubrian; pero temió que la transicion cruel de la vida á la muerte, de la esperanza á la desesperacion, mas sensible aun por la presencia de unos seres amados, no enterneciese demasiado su alma, y lacerase repetidas veces los corazones de aquellos que amaba. Quiso mas beber solo el cáliz de la separacion de un solo trago, que hacerlo gustar gota á gota á su familia.

Se abrieron las puertas de la torre la mañana del 19, y el rey vió dirigirse hácia él á Mr. de Malesherbes; se adelantó para salir al encuentro de su amigo. El anciano, echándose á los pies de su señor y bañándolos con sus lágrimas, permaneció mucho tiempo sin poder hablar. Como el pintor antiguo que cubrió el rostro del dolor, temiendo no manifestase bastante al vivo el quebranto del corazon humano, Mr. de Malesherbes, mudo, encargó á su actitud y á su silencio, que hiciesen comprender la palabra que se estremecía al pronunciar. El rey la comprendió y la repitió sin palidecer; hizo levantar á su amigo, le estrechó en su seno, y solo pareció ocuparse de consolar y animar al venerable mensajero de su muerte.

Se informó con tranquila curiosidad, y como si fuese extraño á su propia suerte, de las circunstancias, del número de sufragios y del voto de algunos de los hombres que conocia en la Convencion. «En cuanto á Petion y á Manuel, dijo á Mr. de Malesherbes, no tengo que informarme, estoy bien seguro que no han votado mi muerte.» Preguntó cómo habia votado su primo el duque de Orleans, y Mr. de Malesherbes se lo dijo: «Ah! respondió; este voto me allije mas que todos los demás.» Eran estas las palabras de César al reconocer el rostro de Bruto entre sus asesinos; aquel fué el único que le hizo hablar.

X.

Los ministros Garat y Lebrun, el alcalde Chambon y el procurador de la municipalidad, Chaumette, acompañados de Santerre, del presidente y del fiscal del tribunal criminal, vinieron á notificar al rey su sentencia con todo el aparato de la ley cuando condena á un culpable á perder la vida. De pie, con la frente erguida, la vista fija en sus jueces, escuchó la sentencia de muerte que debia ejecutarse dentro de veinte y cuatro horas, con la intrepidez de un justo. Una sola mirada dirigida al cielo pareció ser la apelacion interior de su alma, al juez infalible y soberano. Terminada la lectura, Luis XVI se adelantó hácia Grouvelle, secretario del consejo ejecutivo, tomó el decreto de sus manos, le dobló y guardó en su cartera; despues volviéndose hácia el lado donde estaba Garat, le dijo con una voz en que se notaba el acento real en el acto del que suplica. «Señor ministro de Justicia, os ruego entreguéis esta carta á la Convencion,» y dudando Garat tomar el papel, continuó el rey: «Voy á leerlosla. Pido á la Convencion un plazo de tres dias, para prepararme á comparecer delante de Dios; pido pa-

ra ello poder ver libremente al eclesiástico que yo indicaré á los comisarios de la municipalidad, y que esté á cubierto de toda pesquisa por el acto de caridad que ejercerá conmigo; pido que se me libre de la perpétua vigilancia que conmigo se observa desde hace algunos dias... Pido poder ver á mi familia durante estos últimos momentos cuando lo desee y sin testigos. Desearé que la Convencion se ocupe al momento de la suerte de mi familia, y que la permita retirarse libremente donde juzgare conveniente buscar un asilo... Recomiendo á la benevolencia de la nacion, todas las personas que están unidas á mí... Hay entre ellas muchos ancianos, mugeres y niños, que no tenían mas medios de vivir que mis beneficios, y deben estar muy necesitados.—En la torre del Temple, el 20 de enero de 1793.»

El rey entregó al mismo tiempo á Garat otro papel, que contenia las señas de la casa del eclesiástico, cuya compañía y consuelos deseaba en su última hora. Este papel, que no estaba escrito de su mano, decia: «Monsieur Edgeworth de Firmont, calle del Bac.» Garat tomó ambos papeles; el rey dió algunos pasos hácia atrás, inclinándose como cuando despedía alguna audiencia de córte, para indicar que queria estar solo. Los ministros salieron.

XI.

En seguida comenzó el rey á pasearse tranquilamente en su cuarto y pidió de comer; como no tenia cuchillo partió los alimentos con la cuchara, y el pan con los dedos. Estas precauciones de los municipales le indignaban más que el decreto de la muerte. «¿Me creen bastante cobarde, dijo en alta voz, para arrebatarme mi vida á mis enemigos? Me imputan crímenes; pero soy inocente y

moriré sin debilidad. Quisiera que mi muerte labrase la felicidad de los franceses, y pudiese conjurar las desgracias que preveo para la nacion.»

Volvieron á las seis, Santérre y Garat á traerle la respuesta de la Convencion á sus peticiones. A pesar de los reiterados esfuerzos de Barbaroux, de Brissot, de Bozot, de Petion, de Condorcet, de Chambon, y de Tomás Payne, la Convencion habia ya decidido la vispera, que se rehusaria todo plazo á la ejecucion. Fournier el americano, Jourdan Coupe-Tete y sus satélites, levantaron sus sables sobre la cabeza de Barbaroux y de Brissot en el pasadizo de la Convencion, dándoles la eleccion, con la punta del hierro en el pecho, entre el silencio ó la muerte. Aquellos valientes diputados arrojaron esta, y lucharon cinco horas para obtener el plazo. Cazenave, Brissot, Manuel, y de Kersaint, este último en una carta, que era en aquel momento uno de los mas heroicos desafios á la muerte, que podia salir del alma de un ciudadano, protestaron en vano. Una mayoría de treinta y cuatro votos, reunidos por Thuriot, Coullon, Marat y Robespierre, negó el plazo. He aqui la carta de Kersaint: «Ciudadanos, me es imposible soportar la vergüenza de sentarme por mas tiempo en el recinto de la Convencion, con hombres sanguinarios, cuando su dictámen, apoyado por el terror, vence al de los hombres de bien; cuando Marat vence á Petion. Si el amor de mi pais me ha hecho tolerar la desgracia de ser colega de los panegiristas y de los promotores de los asesinatos del 2 de setiembre, quiero al menos defender mi memoria de haber sido su cómplice. Para ello no tengo mas que este momento: mañana ya no sería tiempo.»

Mas irritada que conmovida con tales palabras, la Convencion encargó al ministro de la Justicia respondiese á las peticiones de Luis XVI, que tenia libertad para llamar al ministro del culto que designase, y ver á su familia sin testigos; pero que se le negaba el plazo de tres

días para prepararse á la muerte, y que la ejecucion tendria efecto en el término de las veinte y cuatro horas.

XII.

Recibió el rey esta comunicacion del consejo ejecutivo sin murmurar siquiera. No disputaba los minutos á la muerte: todo lo que pedia era retirarse algunas horas al finalizar el tiempo entre la vida y la eternidad, pues ya hacia muchas semanas que se ocupaba de santificar su sacrificio. En una de sus conversaciones encargó á Mr. de Malesherbes hiciese entregar un mensaje secreto á un venerable sacerdote estrañero, oculto en Paris, y cuya asistencia imploraba en caso de tener que morir. «Es una comision estraña para un filósofo, dijo con triste sonrisa á Mr. de Malesherbes; pero yo he conservado siempre mi fé de cristiano, como un freno contra los extravíos del supremo poder y como un consuelo en mis adversidades: la encuentro en el fondo de mi prision, y si alguna vez fuéreis destinado á una muerte parecida á la mia, deseo halleis el mismo consuelo en vuestros últimos momentos.»

Averiguó Malesherbes la residencia de aquel director de la conciencia del rey, é hizo llegase á sus manos la súplica de su señor. El hombre de Dios esperaba la hora en que el calabozo se abriese á su caridad, y aunque debiese costarle la vida no dudaba. Ministro de la agonia, debía su sagrado ministerio á los últimos momentos; este es el heroísmo del sacerdote cristiano: ademas una santa amistad unia desde mucho tiempo al sacerdote y al rey. Introducido furtivamente en las Tullerías en los días de solemnidad cristiana, aquel eclesiástico habia confesado muchas veces al rey. La confesion cristiana, que prosterna al hombre á los pies del sacerdote, y al rey á

los pies del súbdito, establece entre el confesor y el penitente una confianza paternal por un lado y filial por otro, que aunque sobrenatural en su principio, se transforma muchas veces en afecto humano entre dos almas que se han hablado de tan cerca. Dios es el lazo de estas uniones espirituales; pero este lazo formado en el cielo, no se rompe siempre del todo sobre la tierra. En aquel cambio completo de almas con frecuencia se mezclan tambien los corazones; así sucedia con Luis XVI y el sacerdote. El rey tenia en el abad de Firmont un amigo, colocado en secreto entre este mundo y el otro, le llamaba en los días difíciles, y le reservaba para los últimos momentos de su suerte.

XIII.

El miércoles 20 de enero al anocheecer, un desconocido llamó inopinadamente á la puerta del retiro ignorado, donde aquel pobre sacerdote ocultaba su vida, y le suplicó le siguiese al lugar donde se celebraban las sesiones del consejo de ministros. Mr. de Firmont siguió al desconocido y cuando llegaron á las Tullerías se le introdujo en el gabinete, donde los ministros deliberaban sobre la ejecucion del suplicio que la Convencion habia puesto bajo su responsabilidad. Garat, filósofo sensible; Lebrun, diplomático frio; Roland, republicano elemente y que no podia menos de amar al hombre en el rey, hubieran querido separar á todo precio de sus corazones, de sus nombres y de su memoria, la mision siniestra que el destino les encargaba: pero ya no era tiempo. Solidarios de los jacobinos; rehenes de los jacobinos en el ministerio, era indispensable ejecutar ó morir. Su fisonomia, su agitacion y su estupor revelaban el horror de su situacion. Procuraba disimularse á si mismo

el rigor á fuerza de miramientos y de piedad. Se levantaron, rodearon al sacerdote, honraron su valor y protegieron su mision. Garat tomó al confesor en su coche y le condujo al Temple. Durante el camino el ministro de la Convencion desahogó su desesperacion en el seno del ministro de Dios. — «¡Gran Dios, exclamó, de que horrosa mision me veo encargado! ¡Qué hombre! añadió hablando de Luis XVI. ¡Qué resignacion! ¡qué valor! No, la naturaleza sola no podria dar tantas fuerzas, ahí hay algo de sobrehumano.» El sacerdote calló temiendo ofender al ministro ó desconocer su fé. El silencio reinó despues de estas palabras entre aquellos dos hombres hasta la puerta de la torre que se abrió apenas fué pronunciado el nombre de Garat. Despues de atravesar una sala llena de hombres armados, el ministro y el confesor fueron á otra mas grande. Las bóvedas, los degradados ornamentos de arquitectura, y las escaleras de un altar derribado, manifestaban ser una capilla antigua desde largo tiempo profanada. Doce comisarios de la municipalidad tenian su consejo en aquella sala; sus fisonomías, sus palabras, la ausencia total de sensibilidad y aun de decencia ante la muerte, que carecterizaban los rostros de aquellos hombres, descubrian en ellos esas naturalezas brutales incapaces de respetar nada en un enemigo, ni siquiera el dolor supremo y la muerte. Solo uno ó dos rostros mas jóvenes que los otros, ocultaban á sus colegas algunos signos furtivos de inteligencia con los ojos del sacerdote. El ministro subió mientras registraban al abad de Firmont, y despues condujeron al confesor al cuarto del rey, quien al ver á Mr. de Firmont, corrió hácia él, le llevó á su cuarto y cerró la puerta para gozar sin testigos de la presencia del hombre que tanto habia daseado. El sacerdote se puso á los pies de su penitente y lloró antes de consolar. El rey tampoco pudo contener sus lágrimas y dijo al eclesiástico levantándole: «Perdonadme este momento de debilidad; vivo

desde hace tanto tiempo en medio de mis enemigos, que la costumbre me ha hecho insensible á su odio, y mi corazón se ha cerrado á los sentimientos de ternura; pero la vista de un amigo fiel me vuelve mi sensibilidad, que creia estinguida, y me enternece á mi pesar.» Se le llevó despues á la torrecilla retirada, donde se ocultaba ordinariamente con sus pensamientos. Una mesa, dos sillas, una pequeña estufa de loza parecida á estos pequeños hogares portátiles donde las mugeres de los obreros pobres calientan sus bohardillas; algunos libros, y una imágen de Cristo en la cruz esculpida en máfil, amueblaban aquella celda. El rey hizo sentarse á Mr. de Edgeworth, y se sentó enfrente del otro lado de la estufa. «Vedme aquí le dijo el condenado, en el solo y grande negocio que debe ocuparme en la vida: dejarle puro ó perdonado ante Dios, á fin de prepararme á mí y á los míos otra mejor...» Al decir estas palabras, sacó del pecho un papel y rompió el sello. Era su testamento; le leyó dos veces despacio apoyando sobre todas las sílabas, para que ninguno de los sentimientos que manifestaba en él, escapase á la censura atenta del hombre de Dios á quien reconocia por juez. El rey manifestaba temer que en los mismos términos con que habia legado su perdon á este mundo, se hubiesen deslizado contra su voluntad algun resentimiento ó reconvenccion que disminuyese involuntariamente alguna dulzura y santidad á su despedida. Su voz no se enterneció ni sus ojos se humedecieron, sino en las líneas donde pronunciaba el nombre de la reina, de su hermana y de sus hijos. Se veia que toda su sensibilidad dominada ó amortiguada por él mismo, solo se encontraba en el nombre, en la imagen y en el destino de los suyos. Nada tenia vivo ni que sufriese en él sobre la tierra, mas que su familia.

Una conversacion franca y tranquila sobre las circunstancias ignoradas por el rey de aquellos últimos meses, se siguió á esta lectura. Se informó de la suerte de mu-

chas personas que amaba, entristeciéndose con las persecuciones de los unos, y alegrándose de la fuga y la salvacion de los otros: hablando de todos, no con la indiferencia de un hombre que abandona para siempre su patria, sino con la curiosidad del que acaba de llegar y se informa de todo lo que ha amado. Aun cuando oia dar las horas de la noche al reloj de las vecinas torres, y aunque su vida solo se media por horas, retardó el momento de ocuparse de las prácticas piadosas para las que habia llamado al confesor. Debia tener á las siete la última entrevista con su familia, y la aproximacion de este momento, á la vez tan deseado y tan temible, le agitaba mil veces mas que el pensamiento del cadalso. No queria que aquellas últimas angustias de su vida viniesen á turbar la calma de su preparacion á la muerte, ni que sus lágrimas se mezclasen con su sangre en el sacrificio de si mismo, que iba á ofrecer un momento despues á Dios y á los hombres.

XIV.

La reina y las princesas, entretanto, con el oido aplicado siempre á las ventanas, habian sabido durante el dia la negativa del plazo, y que la ejecucion seria dentro de las veinte y cuatro horas, por las voces de los prisioneros que divulgaban la sentencia por todos los barrios de París. Ya no quedaba ninguna esperanza, y ya una sola duda causaba su ansiedad: ¿moriria el rey sin volverlas á ver, sin abrazarlas y bendecirlas? Un postrero y supremo desahogo de ternura á sus pies; un último abrazo sobre su corazon; una palabra que oir y que retener; una mirada final que guardar en su alma; á esto se limitaban toda su esperanza, todo su deseo, y todas sus súplicas. Agrupadas desde la mañana en silencio, y

orando bañadas en llanto en la cámara de la reina, interpretando con el corazon hasta el mas pequeño ruido; preguntando con la vista á todos los rostros, no supieron sino despues, que un decreto de la Convencion las permitia ver al rey; fué un gozo en la agonía, y se prepararon á él mucho tiempo antes de llegar este momento. En pie, y arrimadas á la puerta, suplicaban á los comisarios y á los carceleros, á quienes no cesaban de preguntar, pareciéndolas que su impaciencia apresuraria las horas, y que los latidos de sus corazones forzarian aquellas puertas á abrirse mas pronto.

XV

Mas tranquilo aparentemente, el rey por su parte, no padecía en su interior menos turbacion. Nunca habia profesado mas que un amor, el de su esposa; una amistad, la de su hermana; una alegría en su vida, su hija y su hijo. Estas ternuras del hombre distraidas y enfriadas, aunque nunca estinguidas sobre el trono, se habian recogido, exaltado y como incrustado en su alma despues de los ataques de la adversidad, y mucho mas aun despues de los ataques de la soledad de la prision. ¡Hacia tanto tiempo que el mundo ya no existia para él, sino en aquel pequeño número de personas en que se multiplicaban sus afectos, sus alegrías y sus dolores! Además, haber temido, esperado y sufrido tanto, siempre juntos, es tener una comunidad de vida y de pensamientos. Las lágrimas recíprocamente vertidas, son el cimiento de los corazones; los mismos sufrimientos unen mil veces mas que las mismas alegrías; aquellas cinco almas no tenian mas que una sola sensibilidad, y una cosa sola turbaba de antemano aquella conversacion, que era la idea de que la última entrevista en que la naturaleza debia manifestarse

con la libertad de la desesperacion y el abandono de la ternura, tendria carceleros por espectadores; que las mas secretas palpitations del corazon del esposo, de la esposa, del hermano, de la hermana, del padre y de la hija, serian contados, saboreados, y quizá acriminados por la vista de sus enemigos. El rey se fundó en las palabras del decreto de la Convencion, para pedir que la entrevista fuese sin testigos. Los comisarios responsables de la municipalidad, y que, sin embargo, no se atrevian á desobedecer abiertamente á la Convencion, deliberaron para conciliar las intenciones del decreto con el rigor de la ley, y convinieron en que la entrevista fuese en el comedor, que tenia una puerta de cristales contigua á la habitacion donde estaban los comisarios; la puerta debía cerrarse despues de entrar el rey y su familia; pero aquellos podrian ver á los prisioneros á través de los cristales. De este modo, si las actitudes, los gestos y las lágrimas eran profanadas por miradas estrañas, al menos las palabras serian inviolables. El rey, un poco antes del momento en que las princesas debian bajar, dejó á su confesor en la torrecilla, y le suplicó no bajase, temiendo que el aspecto del ministro de Dios pudiese demasiado de manifiesto la muerte á los ojos de la reina; pasó al comedor para preparar los asientos y el espacio necesario para la última entrevista. «Traed un poco de agua y un vaso, dijo á su criado.» Habia encima de la mesa una botella con agua helada, y Clery se la enseñó. «Traed agua que no esté helada, porque si la reina bebiese de esta podria hacerla mal.» Al fin se abrió la puerta, y la reina, que traia de la mano á su hijo, se lanzó la primera en los brazos del rey, é hizo un rápido movimiento como para arrastrarle á su habitacion y sustraerle á la vista de los espectadores. «No, no, dijo el rey con voz sorda, sosteniendo á su esposa sobre su corazon, y dirigiéndola hácia la sala; solo puedo veros aqui.»

Madama Isabel venia en pos de la princesa real, y

Clery cerró la puerta apenas entraron. El rey hizo á la reina que se sentase en una silla á la derecha, su hermana en otra á la izquierda y él se sentó en medio. Las sillas estaban tan inmediatas que las dos princesas, solo con inclinarse, rodeaban los hombros del rey con sus brazos, y tenian las cabezas descansando sobre su seno. La princesa real, con la frente baja y los cabellos tendidos sobre las rodillas de su padre, estaba como prosternada sobre su cuerpo; el rey tenia al delphin sentado sobre su muslo, con uno de sus brazos pasado alrededor del cuello. Estas cinco personas, agrupadas así por el instinto de su ternura, y estrechándose convulsivamente las unas en los brazos de las otras, con los rostros ocultos sobre el pecho del rey, solo dejaban ver un grupo de cabezas, de brazos y de miembros palpitantes que agitaba el estremecimiento del dolor y de las caricias, y de donde se escapaba en mal articuladas y comprimidas palabras, en sordo murmullo ó en desgarradores gritos, la desesperacion de aquellas cinco almas confundidas en una para ahogarse, para despedazarse y morir en un solo abrazo.

XVI.

En mas de media hora, no pudo salir una sola palabra de sus labios. Solo se oia una lamentacion, en que todas aquellas voces de padre, de mugeres y niños, se perdian en el gemido comun; se llamaban, se respondian, se provocaban las unas á las otras por sollozos que se renovaban, y acrecian por intervalos en gritos tan agudos y penetrantes, que atravesaban las puertas, las ventanas y paredes de la torre, y se oian en los barrios inmediatos; por último, la estenuacion de fuerzas abatió hasta aquellos síntomas de dolor; las lágrimas se secaron sobre los párpados; las cabezas se juntaron á la

cabeza del rey, como para suspender todas las almas á sus labios, y una conversacion en voz baja, interrumpida de tiempo en tiempo, por los besos y los abrazos, se prolongó durante dos horas, que puede decirse fueron un solo abrazo. Nadie de fuera oyó aquellas confidencias del moribundo con los sobrevivientes; el sepulcro y los calabozos las ahogaron en pocos meses con los corazones. Solo la princesa real guardó las reliquias en su memoria, y mas tarde reveló lo que la confidencia, la política y la muerte pueden dejar traslucir de las ternuras de un padre, de la conciencia de un moribundo y de las secretas intenciones de un rey. Relaciones mútuas de sus pensamientos despues de su separacion; recomendaciones repetidas de sacrificar á Dios toda venganza, si alguna vez la inconstancia de los pueblos que es la fortuna de los reyes, pusiese á sus enemigos en sus manos; arrebatos sobrenaturales del alma de Luis XVI hácia el cielo; en ternecimientos repentinos y recuerdos de la tierra al aspecto de aquellos seres queridos, cuyos brazos entrelazados, parecian atraerle y retenerle en ella; una esperanza vaga, exagerada por una piadosa ficcion, á fin de moderar el dolor de la reina; resignacion de todo en manos de Dios; votos sublimes para que su vida no costase una gota de sangre á su pueblo; lecciones aun mas cristianas que reales, dadas y repetidas á su hijo; todo esto, interrumpido por los besos, las lágrimas, los abrazos, las oraciones en comun, despedidas mas tiernas y mas secretas, pronunciadas en voz baja al oído de la reina, llenó las dos horas que duró aquella fúnebre entrevista. Desde afuera solo se oia un tierno y confuso murmullo de voces; los comisarios dirigian de tiempo en tiempo una mirada furtiva á través de los cristales, como para advertir al rey que pasaba el tiempo.

Cuando se agotó la ternura en los corazones, las lágrimas en los ojos y las voces en los labios, se levantó el rey y estrechó á toda su familia á la vez en sus brazos;

la reina se arrojó á sus pies, le suplicó les permitiese pasar aquella última noche junto á él. Su cariño le obligó á negarse á ello, porque aquel enternecimiento gastaba su vida. Tomó por pretesto la necesidad que él mismo tenia de algunas horas de tranquilidad, para prepararse al dia siguiente con todas sus fuerzas; pero prometió á su familia hacerla llamar al otro dia á las ocho. «¿Por qué no á las siete, dijo la reina?—¿Pues bien, si, á las siete, respondió el rey.—¿Nos lo prometéis? dijeron todos.—Os lo prometió, repitió el rey.» Al atravesar la antecámara, la reina se suspendia con ambos brazos al cuello del rey: la princesa real le rodeaba con los suyos; madama Isabel abrazaba por el mismo lado el cuerpo de su hermano y el delfin suspendido de una mano por el rey y de otra por la reina, tropezaba entre las piernas del padre, con el rostro levantado y los ojos fijos en él. A medida que se acercaban á la puerta de la escalera, redoblaban los sollozos, se separaban los unos de los brazos de los otros, y volvian á caer en ellos con todo el peso de su cariño y de su dolor. Por fin, el rey se separó algunos pasos hácia atrás, y tendiendo desde allí los brazos á la reina. «Adios, adios, la gritó con un ademán, una mirada, un tono de voz donde resonaba á la vez todo un pasado de ternura, todo un presente de angustias y todo un porvenir de eterna separacion; pero en el que se distinguia, sin embargo, un acento de serenidad, de esperanza y de alegría religiosa, que parecia señalar á su reunion la cita vaga, pero confiada de una eterna vida.

Al oír estos adios la jóven princesa, se desprendió desmayada de los brazos de madama Isabel, y cayó sin movimiento á los pies del rey. Clery, su tía y la reina se precipitaron para levantarla; la sostuvieron y la condujeron hácia la escalera. En este instante, el rey se separó con las manos sobre los ojos, y volviéndose desde el umbral de la puerta de su cuarto, que estaba entre-

abierta, ¡Adios! les gritó por última vez. Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazón, y la puerta se cerró; corrió á la torrecilla, donde le esperaba su consolador: la agonía de la magestad había pasado.

XVII.

El rey fatigado, cayó sobre una silla, y quedó largo rato sin poder hablar. «¡Ah, señor!, dijo al abate Edgeworth; ¡que entrevista acabo de tener! ¡por qué he de amar yo tanto!.... ¡ah! añadió después de una pausa; ¡y porque he de ser tan amado!.... pero esto se acaba con el tiempo, continuó con voz mas varonil; ocupémosnos de la eternidad!» En este instante entró Clery, y suplicó al rey tomase algun alimento; rehusó al principio, pero después, reflexionando que tendría necesidad de fuerzas para luchar como hombre contra los preparativos y la vista del suplicio, comió. La comida no duró mas que cinco minutos. El rey en pie solo tomó un poco de pan y vino, como un viagero que no descansa. El sacerdote, que conocía la fé de Luis XVI en los santos misterios del cristianismo, y que reservaba darle la última alegría asistiéndole en su calabozo, le preguntó si no sería un consuelo para él verte celebrar al día siguiente antes de amanecer, y recibir de su mano el Dios hecho hombre para sufrir con nosotros, y trasformado en pan para alimento de las almas. El rey, privado hacia desde mucho tiempo de asistir á las ceremonias sagradas (piadosa costumbre de los príncipes de su familia), se conmovió de sorpresa y alegría por aquel pensamiento. Se le figuró que el Dios del Calvario venía á visitarle en su calabozo á la última hora, como un amigo que sale al encuentro de otro, solo que no esperaba obtener

aquel favor de la dureza é impiedad de los comisarios del ayuntamiento.

Animado el sacerdote por las muestras de respeto que Garat habia dado á su mision, tuvo mas confianza; bajó á la sala del consejo, y pidió la autorizacion y los medios para celebrar el divino sacrificio en el cuarto del rey: la hostia, el vino, un caliz y las vestiduras sacerdotales. Los comisarios indecisos, temiendo por un lado rehusar un consuelo supremo á la última hora de un moribundo; y por otro, que se le acusase de *fanatismo* permitiendo á su vista los ritos de un culto repudiado, deliberaron largo tiempo en voz baja. ¿Quién nos responde, dijo uno de aquellos hombres al eclesiástico, que no envenenaréis al condenado con la hostia, en que le presentaréis el cuerpo de su Dios? ¿sería la primera vez que se ha envenenado á los reyes con el pan de vida? El confesor alejó toda sospecha, rogando á los municipales diesen ellos mismos el vino, la hostia, el caliz y los ornamentos del altar. En seguida volvió á anunciar al rey esta dicha.

XVIII.

El príncipe miró este consuelo como un primer rayo de inmortalidad. Se recogió en sí mismo, se arrodilló, repasó ante Dios, los actos, los pensamientos y las intenciones de toda su vida; aceptó vivo, no ante la posteridad, ni ante los hombres, sino ante la vista de Dios aquel juicio de los reyes de Egipto solo tenían que sufrir en su tumba. Este exámen de su conciencia y esta acusacion de sí mismo, duraron hasta bien entrada la noche. El juicio de Dios siempre acompañado de perdon no es el de los hombres; el rey se levantó, si no inocente, al menos absuelto. El sacerdote, que en la confesion